

# ¿Un museo para qué? ¿Un museo para quién?

**Jaime Almansa Sánchez**

JAS Arqueología S.L.U.  
almansasanchez@gmail.com

Hace unos años, mi compañero José María Señorán y yo (Almansa y Señorán 2005) publicamos en esta misma revista un pequeño trabajo analizando la cartelería del antiguo Museo Arqueológico Nacional. Corría el año 2005 y nos pareció crítico apuntar una serie de deficiencias que resultaban patentes a comienzos del siglo XXI. Al año siguiente se presentó, también en esta misma revista (Barril y Galán 2006), un trabajo sobre la nueva cartelería del departamento de Protohistoria con un interesante análisis histórico previo. Entonces llegó por fin la aprobación del proyecto de reforma integral del museo y se abrió la oportunidad de descubrir un nuevo MAN. Han pasado diez años, hace poco más de un año que el Museo Arqueológico Nacional vuelve a estar abierto con cifras récord de visitas y es un buen momento para volverlo a analizar.

He de reconocer que tardé unos meses en visitarlo bien. Con la entrada gratuita, disfrutar de él se convertía en una auténtica odisea. En mi primera visita, la marabunta de gente me llevó por donde no debía y, tras subir a los patios, decidí dar media vuelta e intentarlo otro día. Desde entonces, por diferentes razones, he recorrido el museo decenas de veces, descubriendo nuevos pequeños detalles del mismo.

## ¿Un cambio radical?

Desde luego, para cualquier visitante que conociera el antiguo museo el cambio se hace más que patente. Desde la entrada, al recorrido

o el contenido, nos encontramos ante un cambio radical<sup>1</sup>. El arquitecto, Juan Pablo Rodríguez Frade<sup>2</sup>, ha participado desde 2006 en diferentes proyectos museográficos. La empresa Empty<sup>3</sup> cuenta con una experiencia de más de 20 años en el sector. Ambos, en UTE con Acciona, emprendieron proyecto y reforma con una inversión que se estima en 65 millones de euros. Por ponernos en contexto, futboleros, es lo que el Real Madrid pagó en 2009 por Kaká. Parece mucho dinero, pero no lo es. Por seguir poniéndonos en contexto, la Fundación Thyssen Bornemisza recibirá más de cinco millones este año en concepto de déficit dotable<sup>4</sup> y el Museo del Prado tendrá un presupuesto de cuarenta y dos millones. Sólo entre el Museo del Prado y el Museo Reina Sofía, consumirán un 54% de la partida presupuestaria para Museos.

Ahora que estamos en contexto, hay que poner en duda la radicalidad del cambio. Efectiva-

---

<sup>1</sup> Se puede ver el proceso de remodelación del museo en la lista de reproducción que el Ministerio de Cultura publicó a tal efecto en su canal de YouTube:  
<http://www.youtube.com/playlist?list=PL7DE160213DB1A337>

<sup>2</sup> <http://www.fradearquitectos.com>

<sup>3</sup> <http://empty.es/>

<sup>4</sup> Curiosamente un concepto que no se explica en ningún sitio. Si echamos la vista atrás en los presupuestos, se trata de una partida histórica que siempre está entre los dos y los cinco millones. Básicamente es una carta blanca para que el museo gaste más de lo que tiene mientras el Estado le cubre la espalda. Este año, esa partida debe equivaler al presupuesto completo de cualquiera de los otros museos estatales. Por desgracia, no se conocen las partidas específicas por museo.

mente, el lavado de cara del Museo Arqueológico Nacional ha sido profundo, pero la precariedad de cara a la gestión seguirá siendo la de siempre (Riaño 2013). Comienzo así este texto, hablando de dinero, por dos razones; en primer lugar denunciar los excesos de algunas inversiones, incluida la de la remodelación, que sólo sirven como propaganda de cara a la sociedad. En segundo lugar, porque las dificultades que entraña la gestión sin recursos puede ser un elemento de disculpa ante ciertas críticas que se puedan hacer al museo. En cualquier caso, mis críticas son achacables al proyecto, no a la gestión.

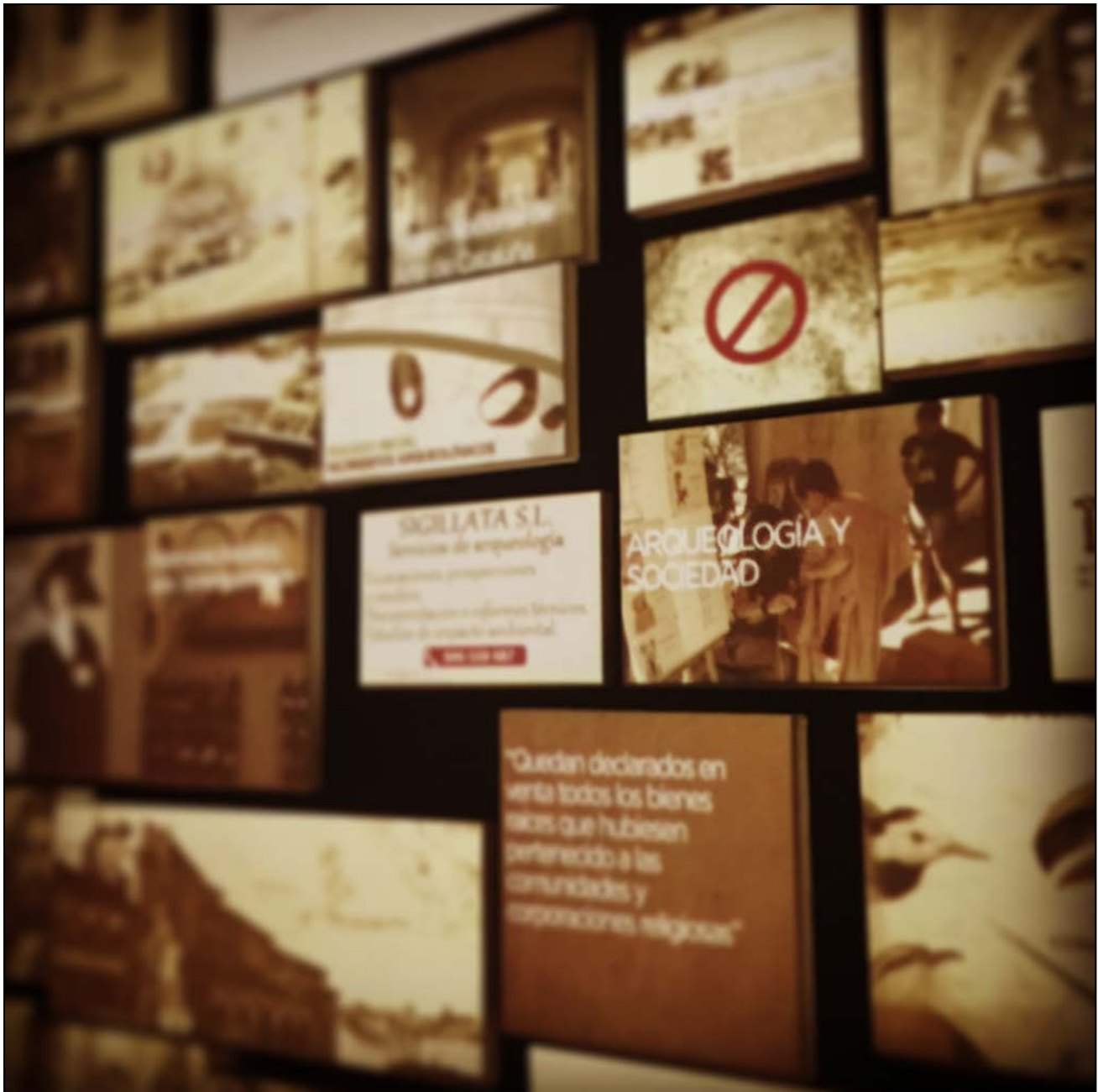
Ya he apuntado que el lavado de cara ha sido profundo. Estructuralmente estamos ante un edificio totalmente nuevo. Ya no se accede por el mismo sitio, no se hace la visita de la misma manera, no se utilizan los mismos espacios expositivos, ni siquiera las mismas oficinas. Todo parece tan nuevo que eclipsa una pequeña realidad. El discurso expositivo es exactamente el mismo. El MAN se ha lavado la cara con jabón, pero nada más.

Siempre recuerdo con cariño mi visita al Museo Nacional de Escocia en Edimburgo. Al principio no lo entendía bien, me sentía perdido. ¿Dónde empieza? ¿Por dónde sigo? Hasta que me di cuenta de que no importaba demasiado porque cada zona era un mundo en sí mismo, con sentido por sí sola (McKean 2000). Nunca volví a ver un museo de la misma manera y eso coarta mi percepción sobre el nuevo MAN, lo debo reconocer. Tal vez el problema era que, hasta entonces, siempre había visto los museos arqueológicos guiado irremediabilmente por el itinerario cronológico.

En cualquier caso, si bien la visita cronológica del museo tiene ahora mucho más sentido y cuenta con una ruta clara y dirigida que te permite hacer un recorrido arqueológico por España, me siguen quedando pendientes dos preguntas.

### **¿Un museo para qué?**

Cuando me hablan de museos de arqueología, un pequeño escalofrío me recorre la espalda. Hace años que los llamamos museos de «arteología». Sinceramente, no recuerdo quien acuñó ese término, supongo que, como la agricultura, habrá aparecido en distintos momentos y en distintos lugares, como reflejo de un descontento que sigue patente en muchos. Porque yo, personalmente, cuando escucho la palabra «arqueología», espero arqueología. Sin embargo, la norma es encontrarme con los grandes tesoros de la humanidad acompañados de su cartela descriptiva y, en ocasiones, de algún otro material asociado que te explique algo de la época. Mi sensación a la hora de recorrer el nuevo MAN sigue siendo la misma que cuando recorro una exposición de pintura o voy a ver un espectáculo de danza. Todo precioso, pero salgo igual que entré, arqueológicamente hablando. Lo único que me une con mi profesión son dos paredes forradas de pantallas en las que cuesta mucho tiempo y esfuerzo entender nada. Y aunque muchas veces reniego de mi profesión, sigo siendo, lo quiera o no, arqueólogo. Cuando voy a un museo de arqueología me gustaría ver el fruto de mi trabajo representado en él. Sin embargo, no tengo esa sensación en el MAN, nunca la he tenido y dudo que la vaya a tener. Si sirve de consuelo, sólo recuerdo haberla tenido en Edimburgo, en Alicante y en la exposición temporal que se hizo en el entonces Museo de San Isidro sobre la arqueología de la M-30. Supongo, en este último caso, que porque salía en un par de fotografías y había piezas que habían pasado por mis manos. Una forma como otra cualquiera de apropiarse del discurso expositivo. También he de decir que no soy un gran conocedor de museos, pero siempre que viajo, intento pasar a alguno.



**Figura 1:** *¿Qué es la arqueología?*

Me he pasado años discutiendo con aficionados y no tan aficionados sobre la (poca) importancia de las piezas en el trabajo arqueológico. Huyendo del artefacto para fijarme en el contexto, del sitio a favor del paisaje, de mis compañeros por el público. Entonces, llego al museo y me encuentro con una colección fabulosa de piezas diciéndome tanto que no me dicen nada.

Recuerdo con cariño las visitas al viejo museo. Esos cuadernos improvisados de activida-

des con los que teníamos que aprender algo de Prehistoria. Una filogenia por aquí, un buril por allá, aparece la cerámica y ¡vaya cerámica! Metales, poder, esculturas, ¡la Dama de Elche! ¡Romanos! Y hasta aquí puedo contar. ¿He dicho poder? Perdón, eso lo veo ahora.

He de reconocer que el discurso está mejor estructurado, o tal vez más ordenado. Sin embargo, sigo echando de menos la arqueología, el método, los protagonistas y los resultados de nuestras investigaciones. Nada como recorrer el

museo con una arqueóloga balear para quedarme con ganas de repetir el párrafo que en su día escribimos sobre el periodo talayótico. Por lo visto sigue sin estar al día, aunque por lo menos, ya no en los años 50.

Es difícil hacer un museo, sobre todo uno que se llame ‘nacional’ y, seguramente, en las condiciones en las que se haya hecho. Pero tenía que decirlo. Si sirve de consuelo, la sala del Neolítico europeo en el British Museum me parece... Creo que no lo puedo expresar como me gustaría en una revista académica. El caso es que este problema no es del MAN, sino de la arqueología en general.

¿Para qué hacemos un museo nacional de arqueología? Para mostrar las maravillas arqueológicas de la nación...

### **¿Un museo para quién?**

Y así llegamos a la segunda pregunta. Si hemos montado un museo de estas características, supongo que el público que esperamos será de algún perfil concreto: ¿Turista? ¿Tercera Edad? ¿Escolar? ¿Familiar? Para mí, desde luego, no.

Hay quien me diría que es el museo de todos (los españoles) para todos (todos). Así que entro a hacer la visita pensando en eso. Me transformo en un niño de doce años, chaparrillo, que acude con sus padres y su hermano un sábado por la tarde.

*El recibidor es impresionante y ya me llaman la atención un par de maquetas de cartón que hay en la tienda. «¡Papá! Vamos ahí» ... «No hijo, que tenemos que visitar el museo» y nos adentramos en la primera sala. Todo está oscuro, bastante lleno de gente. No veo bien entre la multitud, pero se aprecian un montón de pantallas luminosas con fotos y videos. A los dos lados. Miro a mi padre, tiene cara de asombro. «¿Qué es eso mamá?» ... «No sé hijo, fotos antiguas, ¿no, cariño?» ... «Ahí pone arqueología y sociedad» ... «Ah... y ¿al otro lado?»*

*mi hermano mira un video con unos monos muy grandes. Yo sigo sin ver nada entre la gente. Pasamos a otra sala, más clara, y cuando me intento asomar a una de las vitrinas una mujer me llama la atención. Parece que no las puedo tocar. ¡Si no veo nada! Me duelen las piernas. Le pido a mi padre que me aúpe. Ahora todo cambia, aunque parece un poco aburrido. Piedras, cacharros... Hay algún dibujo bonito. Me quedo dormido sin darme cuenta.*

Soy muy pesimista, lo sé. O muy realista, porque este cuento está basado en una historia real que perseguí en una de mis visitas. Soy raro, si el museo me aburre observo a la gente, o me siento en el agujero negro de la Sala 8 para verles pasar.

Y es que cuando queremos hacer un museo para todos, nos olvidamos de la mayoría. Sinceramente, sigo obsesionado con la cartelería, que no dice nada. Una sola pieza puede construir un museo entero. Su contexto es lo que me mueve a continuar en este maldito mundo de la arqueología. Pero su contexto no está en el museo. En el museo sólo está la pieza. Nombre, fecha y localización. Unas breves palabras sobre el periodo en algún lugar de la vitrina. Nada más. Arte.

Pero este arte es el que le gusta a la gente, gente que entra y sale del museo después de un recorrido más o menos rápido, habiendo admirado tal tesoro, tal dama, o las omnipresentes momias.

¡Yo he estado aquí! El patrimonio se está convirtiendo en un destino turístico, aunque los turistas vivamos en la misma ciudad. Como tal, a veces tiene éxito. El MAN ha sido un éxito. Llevo casi un mes preguntándole a todos mis amigos no-arqueólogos si les ha gustado el museo. Doy por hecho que lo han visitado. Todos me contestan que sí. Objetivo cumplido para todos, menos para mí.

Así que no me queda más remedio que definir el museo como lo he definido desde el primer día que lo visité. Un escaparate impactante para turistas.

### Algunas cuestiones formales

Hace unos días acudí al Museo Municipal de Madrid, recién inaugurado. Otra obra de Frade que tiene ciertas reminiscencias al MAN. He visto algunas cosas increíbles para llevar pocos días abierto. Mal de muchos consuelo de tontos. Lo que tengo claro es que Frade nunca será elegido en un concurso en el que yo tenga algo que decir (por desgracia, nunca tendré nada que decir).

Querría decir algo sobre el plano del museo, los carteles informativos, los audiovisuales, las audioguías, las vitrinas, las cartelas, las goteras, la luz, la falta de luz... tengo para todo. Pero como tengo pocas palabras, me voy a centrar en la que más me importa; las cosas de tocar para ciegos.

¡Para ciegos! ¿Pero es que yo soy manco? He comprado los derechos en español del último libro de Yannis Hamilakis (2014) y llevo tres meses con esto en la cabeza. Básicamente nos habla de experiencias sensoriales cuando nos acercamos al pasado, de todos esos sentidos más allá de los clásicos sentidos corporales y de la percepción, de la experiencia. El museo ha habilitado varias mesas en puntos concretos del recorrido, donde un visitante puede tocar las piezas más características del periodo en cuestión. Los compañeros del *Proyecto EyeDig*<sup>5</sup> han hecho alguna experiencia en el MAN con estas piezas y lo cierto es que tienen su utilidad. Puedes identificar formas y... eso es todo. Sincera-

mente, me parece una forma de engañar al visitante, vidente e invidente. Es como si me contaran otra historia en los paneles. O como si uno de esos guías del voluntariado cultural me hablara de Dios al pasar al lado de Lucy (ejem). Mi primera crítica es el hecho de enfocar estas mesas a los invidentes, porque a todos nos gusta tocar y porque tocar te permite experimentar las piezas de una forma totalmente diferente. La segunda crítica tiene que ver con esa experiencia. No existe. Todo es del mismo material. La cerámica, el metal, el vidrio, la madera... No alcanzo a distinguir que estoy tocando.

¿Es tan complicado tener reproducciones en su material original? ¿Es tan caro? ¿Por qué hay miedo a que... se rompan? Una reproducción como las del MAN no te permite sentir absolutamente nada más allá de la forma. Me niego a aceptar que una cuchara de palo tenga que ser de resina, o que un hacha de hierro pueda romperse con el toqueteo, al menos más que una de resina. El coste de estos elementos es mínimo y aportaría una nueva forma de experimentar el museo y su contenido. Además, la discriminación hacia las personas sin discapacidad visual, o con otro tipo de discapacidades es absoluta. Desde una silla de ruedas no tocas, o no lees, o ni siquiera ves alguna de las cartelas de las vitrinas. Lo mismo pasa si eres el niño que mencionaba antes. No soy el mayor aficionado al British Museum, pero sus mesas de Hands-on son un ejemplo a seguir. Tal vez no exista la voluntad.

Como en el fondo la didáctica es el área que más me preocupa, tengo que hacer una última llamada de atención. No sé si al museo también, pero desde luego al Ministerio. Un museo de arqueología necesita tener vida más allá de la vitrina. Teniendo en cuenta los recursos del museo, se hace un trabajo importante. Echo de menos muchas cosas, cosas que tampoco son innovadoras, ni costosas, pero que aportan valor añadido a una visita. Como con todo, sin presupuesto no hay nada. ¿No podía haber sobrado

<sup>5</sup> EyeDig es un proyecto que surge con el ánimo de explorar las sensaciones que afloran en torno a la arqueología. De hacer partícipes a todos nuestros sentidos de la experiencia del trabajo arqueológico: <http://proyectoeyedig.jimdo.com/>

un poco de esos 65 millones de euros para mantener la vida en el museo una vez abierto?

Al final siempre vuelvo sobre el mismo tema; la planificación. Y es que el MAN ha sido otra víctima del síndrome del monumento a la ostentación. Una inversión millonaria en un contenedor, esta vez al menos con contenido, pero sin una dotación acorde a sus necesidades que permita desempeñar la labor de sus profesionales en toda su extensión. No se puede trabajar con las manos atadas. No se puede planificar la programación de un museo a coste cero, no se puede tener al buque insignia de la arqueología española viviendo al día, y menos después de la inversión que se ha hecho sobre él. ¿Por qué seguimos en esta dinámica? Abrir por abrir, como el Museo Municipal de Madrid, que abre sin estar terminado, o por lo menos dando esa sensación.

### En conclusión

Puede que la realidad me haga comerme mis palabras, pero se acaba de terminar *The Newsroom* y la misión civilizadora de su protago-

nista. Una gran serie sobre el mundo de los noticiarios televisivos y la actualidad que hoy pondré aquí de paralelo. Si el MAN tiene las mejores audiencias de su historia, ¿para qué vamos a cambiar? Estoy aburrido de entrar en un bar con algún compañero y discutir sobre este tema. Aunque seamos políticamente correctos cuando hablamos con nuestros compañeros del museo, hay muchas cosas que no nos gustan. Pero no se lo podemos echar en cara porque no es su culpa. A veces sueño con la oportunidad de hacer las cosas de una forma diferente. De hacer un museo inclusivo, de arqueología, no de arte. Algún día espero tener la oportunidad, y me daré de bruces con la realidad, o demostraré que igual que otra arqueología es posible, otro museo arqueológico es posible. Con la realidad que seguramente me dé de morros es con la económica, porque será un museo sin dotación para hacer todo lo que me gustaría hacer y terminaría frustrado, detrás de una mesa, odiando al público y a mi yo que escribe estas palabras.

### Referencias bibliográficas

- ALMANSA, Jaime y SEÑORÁN, José María (2005). «La cartelería y sus niveles». *ArqueoWeb* 7(1).
- BARRIL, Magdalena y GALÁN, Eduardo (2006). «Nueva imagen, viejos museos». *ArqueoWeb* 8(1).
- McKEAN, Charles (2000). *The making of the Museum of Scotland*. National Museums of Scotland Editorial.
- HAMILAKIS, Yannis (2014). *Archaeology and the Senses. Human Experience, Memory and Affect*. Cambridge University Press.
- RIAÑO, Peio (2013). «Museos Estatales, el tercer mundo de la cultura española». *El Confidencial*, 09/11/2013 [Online: [http://www.elconfidencial.com/cultura/2013-11-09/museos-estatales-el-tercer-mundo-de-la-cultura-espanola\\_52148/](http://www.elconfidencial.com/cultura/2013-11-09/museos-estatales-el-tercer-mundo-de-la-cultura-espanola_52148/)]